



Las llagas de Cristo

INTRODUCCION.

Vuestra presencia, cantos, rezo, fervor... me habla de vuestra fe cristiana: Sabéis que:

1. En Jesucristo, cualquier acción, una gota de su sangre..., *tiene valor infinito*: Es Hombre (siente más que nosotros, es más perfecto), pero además *es Dios...*
2. Y Quiso que sus dolores fueran *los más grandes* (III, 46, 6): en el cuerpo («Pase de Mi este cáliz»); en el alma («Triste está mi alma hasta la muerte»). «Padre, ¿por qué me has desamparado?»).
3. Sin duda, sus dolores espirituales fueron los más grandes... pero a nosotros *se nos mete por los ojos* (es nuestro modo de conocer, a partir de lo sensible) el dolor de Jesús al sentir perforar, desgarrar —no podemos expresar exactamente con palabras—, agujerear con hierros... sus manos y pies.
4. ¡Las llagas de Cristo! ¡Ah, señores! ¿Qué cristiano no quiere pensar seriamente (una vez en la vida, al menos), lo que tenemos que ver... tú y yo... con las llagas de Cristo? (La ira del Padre... sobre el que pisotea su sangre...). ¡Cristianicemos nuestra piedad, nuestra vida y nuestros trabajos!
5. ¡Señor: «*Plagas sicut Thomas non intueor!*», y por eso no te amo como mereces. No te comprendo cuando me hablas de la maldad del pecado. ¡Muéstrame tus llagas! Así es mi naturaleza humana: escéptica, somnolienta, incrédula: «Si no viese en sus manos la señal de los clavos...» (Jn. 20, 25).
6. A la Virgen, que sintió como nadie las llagas (era su carne y su sangre)... *Ave Maria*.

I.—LAS LLAGAS DE JESUS.

A) Las tuvo.

1. Es de fe que Cristo murió en la cruz, sujeto a ella, colgado con clavos, por las manos y pies. Probablemente fueron cuatro clavos (hierros ásperos, sin labrar —como el que se conserva en Roma—, no niquelados y suaves...). Cuatro perforaciones totales (¿qué dolor un simple pinchazo de alfiler), traspasadas sus manos y pies, cuando aún vivía. (Para eso le pusieron Cireneo, para hacerle llegar hasta el Calvario).
2. Señores: se dice muy pronto, pero es muerte lenta, *«y las heridas son en pies y manos, que son las partes más sensibles de nuestros cuerpos por estar llenas de nervios. Y además, de ésto el peso del cuerpo... está continuamente desgarrando las cuatro llagas, las cuales son como cuatro puñaladas hincadas en el corazón, que todas juntas en un mismo tiempo atormenta al que padece»* (P. Granada, «Adiciones al Memorial», Tract. 2°).
3. También nos dice el Evangelio, que, después de muerto, un soldado (leyenda de san Longinos, 15 de marzo; cf. La Palma, «Historia de la Pasión», cap. 46), con su lanza le *abrió* el costado (izquierdo probablemente, por el corazón). Subraya san Agustín que san Juan dice en el Evangelio «abrió», no «rompió», «perforó», etc..., para invitarnos a entrar en ese asilo sagrado...

B) Las conservó.

1. Cuando se presentó a sus discípulos (después de la Resurrección: Jn. 20, 19) para quienes esas llagas eran sellos de ignominia..., las mostró como testimonio de su gloria, de su amor, de su verdad... Lo debieron comentar con santo Tomás, que no había estado con ellos, porque él, incrédulo, dijo: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo...». Dice san Gregorio que esa incredulidad aprovechó más a nuestra fe (señores: ¿a nuestra fe? ¿Lo habremos meditado siquiera?), que la fe de los demás Apóstoles.
2. Y Jesús, (tan comprensivo, Señor, con los que tienen dificultad en creer), se le aparece de nuevo: «Tomás, mete tu dedo... y no quieras ser incrédulo». ¿Se lo habrá dicho a santo Tomás sólo? «Porque has visto, has creído; bienaventurados los que sin ver, creyeren». ¿Bienaventurados...?
 - a) Hombre que te debates en tus dudas: porque no ves, crees que no tienes fe, y no te das cuenta de que Cristo quiere tu fe así, sin ver. Crees un poquito nada más: pide la fe al Señor («Ayuda Tú mi poca fe», es virtud infusa), llegarás a tener una fe tan grande como tu corazón.
 - b) Bienaventurado tú, que ante el dilema de Cristo: «Quien no está conmigo,

está contra Mí», respondes: «Señor mío y Dios mío», «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino». Y era un ladrón... y cuando ya no tenía más remedio o blasfemar o creer en el misterio de la cruz.

- c) Bienaventurado, tú, pobrecito, sin la cultura de un señor educado en colegios de frailes (¡Qué responsabilidad la suya!). A veces te cuesta creer..., ¿verdad? Porque ni sabes lo que hay que creer, y lo confundes con los «prejuicio..., que corren...».

II.—POR QUE QUISO TENERLAS Y CONSERVARLAS.

Ha querido conservar hasta en el cielo las heridas que *recibió por nosotros*. «Por causa de nuestras iniquidades fue llagado» (Is, 53, 5), «*para corroborar nuestra fe y enardecer nuestra devoción y porque quiso poder mostrar siempre a Dios el precio de nuestro rescate*» (san Ambrosio, in Lc. 10), o sea: por las razones por las que quiso padecer:

1. Por la gloria del Padre.
2. Por predicar la verdadera religiosidad (antiguo concepto del sacrificio y la sangre).
3. Por renovar el mundo (librándonos del demonio..., haciéndonos puros).

III.—QUE NOS DICEN LAS LLAGAS DE JESUS.

«Para expresar el amor del Señor hacia nosotros, ¿por qué recurrir a las palabras? Tenemos algo más elocuente: sus llagas» (san Ambrosio, De Jacob et vita beata», 130).

A) A los que no están aquí.

Sé que no me oyen los hombres que desprecian a Jesús, que le odian... ni las malas mujeres que se complacen en destrozarse todo lo bueno y santo... También por ellos muere Jesús clavado, los brazos bien abiertos. Ellos creen, porque así les conviene creerlo, que Jesús, y los sacerdotes somos una farsa... No te creen, Jesús; ni siquiera luchan con lealtad, no ponen el corazón ni para odiarte. ¡Ah, si admitieran el diálogo... sincero! ¿Verdad, mujer? ¡Pero si no me escuchas! (¡Si no vienes a la Iglesia, si has cerrado la radio...!). Serías vengida por Cristo, como la Samaritana, la Magdalena, la pecadora... ¡Tienes miedo a Cristo! Y tú, hombre, ¿también tienes miedo de que te traicionen el corazón? No: si tú dices que no tienes corazón... Y yo te creo. ¡Ah, si me oyeras... si oyeras de verdad a Cristo: vaya si llegaríais a entenderos!...

B) A los que me escucháis.

Pero vosotros que me oís: católicos... (bautizados y primera comunión al menos), amáis a Cristo. Decídele: «¿Qué heridas son esas que llevas en tus manos? Y El responderá: Son heridas que me hicieron en la casa *de los que me aman*» (Zac. 13, 6). «Aumentaron más y más el dolor de mis llagas» (Ps. 68, 27).

1. *Mira sus manos...* sólo bendecían, *sanaban a todos*, acariciaban las cabecitas de los niños... ¿Quién las clava?: ¿los sayones?... ¿nosotros?
Mira las tuyas... No quiero ni sospechar que *hagan daño a todos*, escandalicen a los niños... Pero aunque no hagan nada: ¿estás al servicio de las llagas del Cuerpo místico: los pobres...? Muchacho, esas manos... Jovencita que empiezas... esas manos...
2. *Mira sus pies santísimos* que corrían en busca de la oveja perdida, descarriada. *Mira los tuyos...* Hombre, con toda tu seriedad y honradez..., ¿a dónde corren? ¿A dónde corren los tuyos, mujercita ya formal, con tu hogar en marcha?... Si parece que concedes más importancia a tus pies y a tus zapatos..., que a tu cabeza, que a las almas de tus hijos... *presentes o futuros...*
3. *Hermanos de casa*: vosotros siempre esforzándoos en santificaros... ¿Quién tira la primera piedra? Esa *llaga del costado de Jesús*: ¿por quién? Hermanos mayores del hijo pródigo: ¿de verdad que «todo lo mío es tuyo», que le decía el padre...? ¿Esta llaga, también? ¿Es de amor, de sacrificio, de entrega...? En la llaga del costado de la imagen del Redentor de san Pablo de Nîmes, el artista escribió con letras delicadísimas el nombre de sus padres, hermanos, amigos..., sólo más tarde se descubrieron... «*Dentro de tus llagas, escóndeme...*».